

Especulaciones electorales

Con la alianza de Morena y el Partido Encuentro Social el proceso electoral adquirió una nueva faceta. Sea por convicción o por decisión estratégica, la suma de un partido ostensiblemente de izquierda con uno claramente conservador desató una gran controversia: ¿se trata de un matrimonio de conveniencia o una asociación de dos entidades ideológicamente afines? Cualquiera que sea el caso, de lo que no hay duda es que la religión será parte de esta elección.

En los últimos años, un proceso electoral tras otro -de Brexit a Trump, e incluyendo varias gubernaturas aquí- han evidenciado un desfase entre la política y el desarrollo. Algunos atribuyen este fenómeno a un elemento emotivo, otros a la falta de resultados por parte de los políticos tradicionales, pero el hecho relevante es que estamos viviendo tiempos distintos: los vectores que antes servían para comprender la forma de actuar de los votantes han dejado de ser válidos, como ilustran las fallidas encuestas en casi todas las instancias recientes alrededor del mundo. Los votantes han dejado de ser predecibles o, al menos, los instrumentos que permitían vaticinar un determinado resultado ya no son igualmente útiles.

Desde luego, todos los políticos procuran explotar las emociones del electorado, pues esa es la forma en que entusiasman al votante y generan seguidores en la persona o proyecto que promueve un determinado candidato. La religión, al menos en un sentido político, no es más que otra emoción y, desde esta perspectiva, no tiene nada de extraño que se convierta en un factor novedoso en el espectro nacional. Sin embargo, no es lo mismo un seguidor, por fiel que sea, que un creyente: lo primero supone una de-

En los últimos años, un proceso electoral tras otro -de Brexit a Trump, e incluyendo varias gubernaturas aquí- han evidenciado un desfase entre la política y el desarrollo. Algunos atribuyen este fenómeno a un elemento emotivo, otros a la falta de resultados por parte de los políticos tradicionales, pero el hecho relevante es que estamos viviendo tiempos distintos: los vectores que antes servían para comprender la forma de actuar de los votantes han dejado de ser válidos, como ilustran las fallidas encuestas en casi todas las instancias recientes alrededor del mundo. Los votantes han dejado de ser predecibles o, al menos, los instrumentos que permitían vaticinar un determinado resultado ya no son igualmente útiles.

cisión consciente, lo segundo una convicción producto de una creencia; y ambos son respetables, pero entrañan consecuencias políticas muy distintas.

Un documental sobre César Chávez, el líder de los agricultores mexicanos en EUA, me hizo reflexionar sobre el componente religioso. Chávez inició su movimiento contra la corriente no sólo porque se trataba de trabajadores extranjeros, sino porque no había un solo sindicato rural reconocido en ese país. No era algo sencillo movilizar a los trabajadores que de por sí se sentían vulnerables ante el riesgo de ser deportados y contra la oposición de los empleadores. Sin embargo, Chávez no sólo logró el reconocimiento, sino que esto ocurrió de una manera peculiar: un viernes santo le ofrecieron la posibilidad de una entrevista en Washington y la confirmación del reconocimiento se dio en un domingo de resurrección. Para los sindicalizados, estos dos factores resultaron ser señales providenciales.

Chávez no era un líder religioso en sentido alguno, como tampoco lo es Andrés Manuel López Obrador. Cualquiera que sean o hayan sido las convicciones religiosas de cada uno de ellos, se trata de políticos natos que buscan un objetivo y emplean todos los medios disponibles para lograrlo. Visto de esta manera, toda la concepción de Morena y la asociación con el PES responden a un intento por infundir un fervor religioso que rebase cualquier otra argumentación en la decisión sobre por quién votar. Es decir, se buscan creyentes, no ciudadanos.

En un sentido estrictamente pragmático, no hay nada intrínsecamente malo en el empleo de símbolos religiosos para la consecución de un objetivo político; a final de cuentas, pocas facetas de la competencia política ignoran tan flagrantemente cualquier consideración ética respecto a los medios y los fines: hemos llegado al punto en que todo se vale con tal de lograr el objetivo, uno gana y todos los demás pierden. Unos lo ha-

cen con la religión, otros con dádivas, o denuncias penales, y unos más con la compra de votos.

Lo crucial de las elecciones -en cualquier momento, en cualquier país- es elegir para que gobierne: no se trata de un concurso de belleza sino de una decisión política que entraña consecuencias para los propios votantes. Cuando la mecánica electoral se aboca a remover las capacidades ciudadanas en aras de generar creyentes -y, por lo tanto, personas que se movilizan por factores distintos a los de una decisión racional- el gobierno resultante acaba teniendo atribuciones que son contrarias a la esencia de la democracia porque carece de pesos y contrapesos, convirtiéndose en una potencial fuente de impunidad y, por lo tanto, de un gobierno autoritario con capacidad de imponer sus proyectos sin que medien contrapesos. O sea, como en el pasado pero más extremo.

Cada candidato emplea los símbolos -religiosos o ideológicos (como el nacionalismo)- como estrategia para avanzar su causa; el viejo sistema político logró una hegemonía ideológica por décadas. Lo novedoso, y preocupante, de Andrés Manuel López Obrador es la búsqueda de creyentes que lo sigan al cadalso si eso es lo que el líder demanda. Esto es lo que explica su renuencia a explicar su proyecto o a responder a interrogantes absolutamente legítimas y lógicas.

La pregunta clave acaba siendo si la ciudadanía tiene la capacidad y disposición para defender sus derechos y logros con el candidato de su preferencia sin abrirle la puerta a una plena impunidad, implícita y connatural, al ser creyente que acepta sin más.

@lrubiof

Jesús Cantú

Los consejos técnicos una opción acertada y democrática

El acuerdo en principio entre el candidato presidencial de la Coalición Juntos Haremos Historia, Andrés Manuel López Obrador, y el presidente del Consejo Coordinador Empresarial, Juan Pablo Castañón, para instalar una mesa técnica tripartita (5 expertos designados por el gobierno federal; 5, por los empresarios; y 5, por Morena) generó polémica en el sector empresarial y entre los candidatos a la Presidencia.

Hay que partir del hecho de que los Consejos Técnicos son una institución de la democracia participativa que sirven para abordar temas que requieren un conocimiento muy especializado incorporando a los mejores expertos disponibles. Es una idea que funciona en muchas democracias consolidadas y emergentes y permite tomar las mejores decisiones, al tiempo que involucra a la ciudadanía en los procesos de estudio, deliberación y, eventualmente, toma de decisiones.

De acuerdo a lo difundido por los medios de comunicación la idea se generó espontáneamente durante la comparecencia de López Obrador ante los asambleístas de la Cámara Mexicana de la Industria de la Construcción (CMIC). El candidato presidencial lanzó la idea y los empresarios la aceptaron inmediatamente.

Según la nota del diario regiomontano El Norte, en su edición del sábado 24 de marzo, López Obrador propuso: “Vamos a revisar técnicamente el proyecto, sin asustar a nadie...Propongan ustedes (los empresarios) cinco técnicos, cinco técnicos del Gobierno, cinco técnicos de nosotros (de Morena). Ya, a partir de hoy para la revisión y con toda honestidad decir ‘si procede’, ‘no procede’, ‘ésta son las alternativas’”.

Castañón, presente en el evento, respondió de inmediato: “Con gusto, por supuesto, nosotros tampoco estamos con la corrupción, a nosotros nos interesa que se revise, además de técnicamente, la transparencia de las asignaciones, pero hagámoslo desde hoy, no generemos incertidumbre a partir del primero de diciembre”.

Y continuó: “Que sea una discusión técnica y que lo que se pueda mejorar y se deba mejorar técnicamente, hay tiempo para hacerlo; y lo que se tenga que transparentar de los contratos que se han asignado que se transparenten y que se le dé certeza jurídica a los contratos que están asignados correctamente, de tal forma que se genere confianza, esa es la posición del sector privado, hagámosla con la mesa de los juicios técnicos y lleguemos a conclusiones, nos parece adecuado”.

El mismo viernes 23 de marzo, Sergio Allard, presidente de la Cámara Nacional de Aerotransportes (Canaero) se opuso: “Queremos manifestar respetuosamente nuestra enérgica protesta para llevar a cabo la mesa técnica para analizar la viabilidad de la construcción del NAIM, la viabilidad de esta obra no está a discusión, pues su diseño y construcción fue analizado y discutido durante varios por expertos e instituciones internacionales”.

Precisó, de acuerdo a la información del

mismo diario, que en dicha revisión habían participado “el Centro para el Desarrollo de Sistemas Avanzados de Aviación de los Laboratorios MITRE, la Asociación Internacional de Transporte Aéreo (IATA), Asociación Latinoamericana y del Caribe de Transporte Aéreo (ALTA), entre otras”.

El sábado manifestó su inconformidad el candidato presidencial de la Coalición Por México al Frente, Ricardo Anaya, quien señaló que “no sería facultad de un organismo empresarial decidir si una obra continúa o no continúa.” Preciso que con él la obra continuará y que es un “absoluto disparate” la idea de dar marcha atrás al proyecto y que si hay corrupción en la asignación de la obra se aplicará la ley para sancionar a los culpables.

Vale la pena hacer varias precisiones sobre estas instituciones de la democracia participativa. Primero, éstas instancias emiten dictámenes técnicos, no toman decisiones de políticas públicas, pero el insumo que generan es fundamental para tomar una mejor decisión y, especialmente, más transparente e incluyente. Segundo, es muy importante que las reglas sobre quiénes participaran y cómo se designaran estén muy claras y sean públicas. Tercero, es fundamental que existan reglas, igualmente claras y transparentes, de operación del mismo comité y los productos que genera.

Aunque en el acto, los actores involucrados estuvieron de acuerdo en una mesa tripartita, bien vale la pena incorporar académicos a la misma, pues permitiría tener un actor totalmente imparcial en la misma.

De acuerdo a lo que se ha discutido, el grupo revisaría dos asuntos sobre el mismo tema: uno, si es la mejor opción para la construcción de un nuevo aeropuerto, lo cual implica analizar la viabilidad de construirlo en un terreno con tantas dificultades técnicas y si a pesar del impacto que esto tiene en los costos del mismo es la mejor opción; y dos, el apego a la legalidad en el otorgamiento y ejecución de los contratos.

Los productos a los que hace referencia Allard, serían un excelente insumo para los integrantes de esta mesa y sí son tan contundentes y sólidos como él señala, prácticamente ahorrarían la primera discusión, simplemente sería revisarlos y validarlos. Incluso en ese caso la mesa ahora propuesta tiene sentido, pues permitiría transparentarlos, evaluarlos y, eventualmente, avalarlos con lo cual se generaría confianza.

Además la mesa también tiene mucho sentido para la segunda discusión, es decir, sobre la legalidad de los procesos de contratación y de ejecución de la obra, pues es una realidad que los trabajos van demorados y los costos disparados.

En cualquier caso la integración de un Comité Técnico es una excelente opción y debe incorporarse a la vida pública mexicana, como una forma de procesar los temas más complicados y controvertidos. Aunque seguramente enfrentarán las resistencias de quienes disfrutan de un trato privilegiado, pues acaban con los tratos a espaldas de la ciudadanía.

Jorge Zepeda Patterson

¿A dónde irás si gana AMLO?

Si gana Meade nos vamos a celebrar al Ángel, si gana Anaya a la Basílica de Guadalupe y si gana López Obrador al aeropuerto, dicen que dicen entre broma y vera, las élites del código postal 11000 (Las Lomas y Santa Fe, de la Ciudad de México). Una frase más de las muchas que circulan con el ánimo de construir un escenario catastrófico en caso de que el líder de oposición llegue a Los Pinos.

Otros argumentos son más sofisticados: “no, no serán los ricos los que huyan del país, sino algo más preocupante, los capitales. Yo votaría por un cambio pero temo a la desbandada de dinero al día siguiente de la elección y a la inestabilidad económica que eso provocaría”, afirman algunos, palabras más palabras menos. Puedo entender los temores, pero el anterior es un argumento más emocional que lógico.

Primero, porque los grandes capitanes del dinero ya tienen el grueso de sus inversiones líquidas en dólares; lo que mantienen en México son sus negocios: fábricas, concesiones de operación y construcción, desarrollos inmobiliarios y turísticos, servicios de tecnología, comunicación, minería, comercio, salud, educación, etc. Es decir la infraestructura que los ha hecho ricos y lo seguirá haciendo. Una infraestructura que no pueden llevarse y no sólo porque es física y en buena parte intransferible; también porque incluso si pudieran trasladarla a Estados Unidos o a Canadá no tendrían los márgenes de ganancia ni el mercado cautivo y distorsionado en el que están acostumbrados a operar.

Segundo, porque para los centros financieros internacionales México es demasiado importante. Wall Street sería el menos interesado en provocar una desestabilización de la economía número 15 del mundo, la cuarta más importante de América. Pero más allá del peso que pueda tener en la economía mundial (aporta casi el 2% del PIB del Planeta) la vecindad con Estados Unidos y la interdependencia de ese tercer país que existe en la frontera, hace de la estabilidad de México un asunto de seguridad nacional para la metrópoli. Podemos estar seguros de que al día siguiente de un triunfo del líder de la izquierda, los circuitos financieros y políticos de Washington y Nueva York estarán analizando formas de negociación y colaboración para asegurar una transición lo más tersa posible.

Tercero, por más que se trate de pintar a López Obrador como un luchador social iracundo, ingenuo e impredecible, como si fuese una especie de Emiliano Zapata recién salido de un cañaveral, el líder de Morena posee una larga trayectoria en la escena pública a la cual podemos atenernos. Algo que sus críticos pretenden ignorar. Como presidente nacional del PRD y, sobre todo, como Jefe de Gobierno del entonces Distrito Federal, mostró su disposición para negociar con el resto de los actores políticos y sociales, incluyendo al gran capital. La remodelación del centro histórico y la reactivación económica de Paseo de la Reforma, no habría sido posible de otra mane-

Otros argumentos son más sofisticados: “no, no serán los ricos los que huyan del país, sino algo más preocupante, los capitales. Yo votaría por un cambio pero temo a la desbandada de dinero al día siguiente de la elección y a la inestabilidad económica que eso provocaría”, afirman algunos, palabras más palabras menos.

ra. La construcción del segundo piso del periférico, una obra que beneficia a las clases medias y altas, revela que, contra lo que se dice, López Obrador está dispuesto a gobernar no sólo para los pobres.

Tienen razón los que afirman que frente a José Antonio Meade el de Morena deja mucho que desear en su conocimiento de las ciencias arcanas que explican a la macroeconomía o la ingeniería financiera que define el comportamiento de bonos o el valor del dinero. ¿Y qué con eso? Los últimos treinta años la secretaría de Hacienda ha sido ocupada por los Aspe, Videgaray y Meade formados en el ITAM y con posgrados en Harvard, MIT, Yale y equivalentes. Técnicos capaces de citar índices econométricos de nombres impronunciados y hablar inglés sin acento. ¿Y de qué ha servido? De acuerdo, un manejo de la inflación y de la deuda pública razonable; aunque de muy poca utilidad para más de la mitad de la población que sigue en la pobreza o la extrema pobreza. Ministros que desde Hacienda prohijaron el endeudamiento obsceno de los gobiernos estatales y la emergencia de gobernadores desmesuradamente corruptos. Funcionarios que viven en la burbuja del México del 10% desde hace varias generaciones, incapaces de entender la realidad del empleado de una gasolinera que para llegar a la ciudad hace dos horas y cuatro traslados para descender del lomerío sin agua y servicios en el que vive, ya no digamos de una mujer indígena de la sierra de Puebla.

La carencia de López Obrador en materia macroeconómica puede subsanarse con un titular en Hacienda responsable y conoedor; mientras que la ignorancia de estos técnicos para entender la realidad de la otra mitad de México es simple y sencillamente insalvable. Lo hemos visto un sexenio tras otro.

Si gana López Obrador yo espero que más de algún corrupto se vaya al aeropuerto. Muchos tendrán motivos para festejar; otros para mirar con curiosidad, a medio camino entre el pesimismo y la esperanza, la posibilidad de un cambio. ¿Tú, a dónde irías si gana AMLO?

@jorgezpeda
www.jorgezpeda.net